

# Una historia abreviada de la Humanidad

Jacobo Cardona Echeverri



*Cada hora de nuestra vida, aun cuando muerta, encarna y se oculta en algún objeto material. Permanece allí cautiva y nunca se deja aprisionar, a menos que encontremos el objeto. A través de él, la reconocemos, la invocamos y se libera. El objeto en el cual se oculta —o la sensación, ya que todo objeto, con relación a nosotros, es una sensación— es posible que no lo encontremos jamás. Y de esta manera hay horas de nuestra vida que jamás recobremos.*

Marcel Proust

Es un paisaje lunar. Agreste y terroso, bordeado por una colina sobre la que descansan antenas satelitales y treinta y tres banderas chilenas. Es el desierto de Atacama, el más árido del planeta. Y más de mil millones de personas observaron lo que allí ocurrió. Es el trece de octubre de 2010 d.C. Ya se había inventado la rueda, los encendedores desechables, los cepillos de dientes, y las novelas de caballeros andantes; las rutas marítimas perdieron su esplendor comercial, el legado del Imperio Romano se diversificó en América, una perra fue el primer mamífero en ver el globo terráqueo desde el cielo, el comunismo fue derrotado.

A más de seiscientos metros bajo tierra, los mineros chilenos atrapados aguardan a que comience el rescate. El calor alcanza los cuarenta grados, y tras sesenta y nueve días de estar atrapados pronto podrán ver la luz del sol de nuevo. Las imágenes y las metáforas utilizadas para describir la serie de acontecimientos en los que se vieron envueltos los excavadores los acercan a los arquetipos míticos que sedimentan la memoria humana: desde el misticismo numerológico atribuido al treinta y tres que apuntala una trama secreta y oscura en la que está codificado el designio de cada hombre, hasta los acercamientos metafóricos que abarcan los

imponderables sentimentales del momento —sacarlos de ahí será como un parto, dijo el ministro de minería de Chile—. Un nacimiento, un viaje de la oscuridad a la luz. Las asociaciones periodísticas de la sonda que comunicaban la superficie con el interior de la mina no desafiaban la eficacia retórica de la figura del cordón umbilical. El campamento Esperanza, donde familiares, periodistas, técnicos y funcionarios esperaban la llegada de los sobrevivientes; la cápsula Fénix 2, que los traería, uno por uno, succionados de la galería infernal del interior de la tierra. Toda una dramaturgia hilada entre los extremos de la pérdida, el renacer y el reencuentro, sin concesiones rítmicas al azar o al decoro racional.

El decoro racional. Más allá de las cábalas, las oraciones y las predisposiciones emocionales a encontrar la interferencia divina en el particular desencadenamiento de los hechos, el desafío técnico-científico ofrece una perspectiva singular del empleo del artefacto, afianzamiento del hombre en la naturaleza mediante el pliegue de la materia, gestualidad que concreta y escenifica. En el horizonte hostil del desierto, paradigma mítico e histórico que reclama la base del origen de la civilización y el de su propia destrucción en la esquizofrénica perspectiva de un mundo que sucumbe al efecto invernadero, se ejecuta la operación de salvamento con el uso de tecnologías importadas, concebidas por las sosegadas mentes de ingenieros en Pennsylvania. Expertos profesionales de la NASA estuvieron tras el diseño de la cápsula y asesoraron el proceso que permitió controlar las variantes emocionales y psíquicas asociadas a los ambientes de encierro y aislamiento. Al descender al interior del resguardo, los cuerpos de los socorristas y, posteriormente, de los

mineros, estuvieron conectados a sensores que medían el ritmo cardíaco, contaron con tanques de oxígeno en el interior de la cápsula y un sistema de poleas que permitiría sacarlos si algo salía mal. Un paisaje lunar para un procedimiento cercano a un viaje espacial. Cuando el Apolo XI salió del planeta con el primer hombre que pisaría la luna, miles lo vieron en blanco y negro por televisión. En este caso, las microcámaras enviadas por las sondas al interior del resguardo permitieron mantener informados a los responsables del procedimiento de rescate de la situación física y mental de los mineros, además de proporcionar el material con el cual formar las secuencias del drama en un mundo cuya verosimilitud está sustentada en la imagen. El descenso de la cápsula en el interior de la galería en vivo y en directo sorprendió a una teleaudiencia mundial que presenciaba conmovida el momento oportuno de una historia que escapaba de la nebulosa informe de la experiencia. No era algo que estaba siendo dicho, sujeto a la controversia o la especulación, era algo que estaba siendo visto. Era real, provisto del sentido, lineal y secuencial, propio de las historias. Como el primer trozo de escritura sumeria en el desierto de Mesopotamia.

Quedan pocos restos materiales de aquellos pictogramas creados a finales del IV milenio a.C. Y de aquellos pueblos que fueron el germen de nuestra civilización puede elaborarse una historiografía que oculta los inmensos vacíos, lagunas en el espíritu de un pueblo, mediante la sucesión cronológica asentada en los restos materiales que, como rastros de una evidencia, atestiguan un tipo de experiencia del hombre en el mundo. Los museos históricos y etnográficos presentan catálogos de esos rastros; tablillas, piedras, artefactos, cerámicas, que en su soltura fragmentada son dispuestos, mediante nexos artificiosos, en un espectro narrativo de una coherencia exaltada. Sin la materia modificada es imposible hallar un patrón que vincule la experiencia emocional o espiritual al acto comunicativo fundamental, configuración simbólica establecida dentro de todos los pueblos. Somos el marcaje que representa nuestro nombre en una concha, un hueso de alce, una piedra: la naturaleza siempre será lo que ha sido, hasta que el hombre la significa; la modificación de la sustancia la convierte en objeto, única prueba irrefutable de nuestra tendencia a permanecer, a no querer morirnos nunca.

Algunas iniciativas del gobierno chileno, sin todavía llevar a término el rescate, consistían en la elaboración de un monumento o un museo en aquel lugar. Conservar, por medios institucionales, casi sagrados, o en su defecto, solemnes, aquellos elementos que *hablarían* de la hazaña, y tras esa hazaña, de un pueblo; permitiría la reconstrucción mental, instantánea, por el observador futuro de los elementos que estarían allí expuestos, de la historia que allí ocurrió. La imaginación o el paroxismo de cada cual adicionarían elementos al repertorio narrativo, lo dotarían de una atmósfera más envolvente, o de un matiz trágico aleccionador. En últimas, estaría allí, todo lo que merece ser recordado: las grabaciones dentro de la mina, los planos y diseños de los ingenieros que ejecutaron el rescate, la nota de “estamos bien en el refugio los 33” en un rojo destañado sobre el amarillento papel, los trajes, las cartas de apoyo provenientes de las más diversas geografías, las banderas, los balones y las camisetas de fútbol y, tal vez, en una sala especial, bañada con una seráfica luz, la cápsula Fenix 2 junto a una de las piedras que trajo del interior el minero Mario Sepúlveda como regalo. Dos artefactos, dos objetos, dos muestras de la tecnología humana —porque es una técnica la expresión de los sentimientos—, lado a lado del camino del tiempo. Vistas desde el futuro, la cápsula estará sujeta a miles de interpretaciones; los semióticos, la última raza de hombres en desaparecer, interpretarán los colores de una bandera, el mecanismo que permitía el funcionamiento de la estructura metálica circunferencial. Y a su lado una piedra sin modificación, a primera vista una cosa, que entra a formar parte del registro técnico en la historia cultural del hombre por el gesto. Su primera función fue la de servir de don. Un regalo, la primera muestra de un acto comunicativo, el primer artefacto. Esa simple piedra arrancada de la tierra en el año 2010 d.C. es la misma piedra con que hace miles de años un primate sin pelo, que vislumbraba la conciencia de la muerte, modificaba con pretensiones trascendentales su entorno. Una piedra sobre una tumba, una piedra que separa un territorio, una piedra que nos somete en un acto irreversible a la primera historia de todos los tiempos. ■

Jacobo Cardona Echeverri (Colombia)  
Antropólogo y realizador audiovisual.